



Lozano, Álvaro: *La guerra fría*. Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2017. 228 pp.

El profesor Álvaro Lozano nos ofrece un ensayo riguroso, adecuadamente estructurado y ordenado acerca de la guerra fría, combinando descripción con análisis. Además, su opinión personal permea por las más de 200 páginas de que consta el libro, consecuencia de su profundo conocimiento del objeto de estudio, aspecto que corrobora de una manera particular el apartado bibliográfico y desde una perspectiva más general, la producción académica previa en la que ha abordado el fascismo italiano, el Tercer Reich alemán o la figura de Stalin.

Sobre este complejo concepto, guerra fría, se vertebraron las diferentes dinámicas globales (políticas, económicas, sociales y culturales) acaecidas entre 1945-1991. Un conflicto entre dos bloques antagónicos, el socialista y el occidental, que en un primer momento se limitó al espacio geográfico europeo, si bien con el transcurrir de las décadas amplió su radio de acción, abarcando también a Asia, África y América Latina.

Este desplazamiento no implicó la alteración de los patrones sobre los que se había desarrollado la guerra fría en el “viejo continente”, puntualiza el autor. En efecto, la URSS y Estados Unidos evitaron también en esos escenarios extra-europeos el enfrentamiento militar directo. Ambos contendientes, asimismo, elaboraron diversas doctrinas (Jdanov, Breznev; Truman, Eisenhower, Reagan...) con las que desacreditaron al rival, al mismo tiempo que justificaron el *modus operandi* propio y condicionaron el de sus aliados.

Álvaro Lozano insiste en una idea fundamental a modo de característica definitoria de la guerra fría y es que ésta no se libró en el campo de batalla, al contrario de lo que había resultado característico durante las primeras centurias del siglo XX. La guerra fría fue sobre todo ideológica y cultural, y se ciñó a unos parámetros de funcionamiento que mantuvieron intacta su vigencia durante el tiempo en que se desarrolló, sobresaliendo el respeto por las zonas de influencia del adversario, la tendencia a no minar el liderazgo del rival ante sus propios compatriotas y la previsibilidad.

Sin embargo, el hecho de que no se produjese ningún enfrentamiento militar directo entre los contendientes y sus aliados en ningún caso respondió a un deseo de perpetuar la paz a nivel global. Por el contrario, la razón principal descansó en el temor compartido acerca de las funestas consecuencias, también globales, que se derivarían de un enfrentamiento nuclear.

El profesor Álvaro Lozano realiza una pertinente labor de contextualización y para tal fin expone una serie de antecedentes fundamentales cuya conjunción dio lugar a la guerra fría. En este sentido cabe destacar el gradual pero constante distanciamiento entre los aliados que combatieron el fascismo y el nazismo (por un lado, Estados Unidos, Reino Unido y Francia y por otro lado, la URSS) durante la Segunda Guerra Mundial. Este fenómeno se apreció con nitidez en las tres conferencias celebradas entre 1941-1945 (Teherán, Yalta y Postdam).

En efecto, durante la segunda guerra mundial se había producido una alianza contra-natura cuyo nexos común (y único, cabría añadir) descansó en la obligatoriedad y necesidad de derrotar a las potencias del eje. A partir de ahí, las diferencias eran cuantitativa y cualitativamente superiores a las similitudes y se observaron con nitidez a partir de 1945. En este sentido, la guerra fría sirvió para legitimar proyectos políticos y liderazgos domésticos, otra de las grandes consecuencias que extrae el Doctor Lozano.

En cuanto a los primeros, en la URSS se afianzó la represión como herramienta al servicio de la consolidación del socialismo en un solo país, si bien esto no significó que Moscú olvidase la revolución mundial. En cuanto a los segundos, en Estados Unidos a partir de 1945 el comunismo marcó la impronta de las distintas contiendas electorales que se celebraron. Consecuentemente, la acusación de comunista se convirtió en un arma arrojadiza con la que desprestigiar al rival, como ilustraron los enfrentamientos Truman vs Wallace en 1948 o Eisenhower vs Truman en 1952.

El liderazgo de Estados Unidos y la Unión Soviética, a pesar del carácter incontestable del mismo, también resultó desafiado internamente, es decir, por sus propios aliados. En el caso del bando occidental, Charles de Gaulle o Willy Brandt con la Ostpolitik, por ejemplo, aspiraron a lograr una mayor autonomía con respecto a Washington, si bien en ningún se propusieron establecer modelos de sociedad antagónicos a los que se habían consolidado a partir de 1945 en sus respectivos países.

Sin embargo, en bloque del Este las diferencias fueron de mayor calado tanto en el planteamiento como en la resolución. En efecto, revoluciones de Hungría en 1956 y de Praga en 1968 ansiaban introducir un sistema de libertades y de derechos (un “socialismo con rostro humano”). Este deseo chocó frontalmente con las esencias de la ortodoxia marxista-leninista custodiadas por Moscú. Al respecto, la URSS resolvió el “desviacionismo” checo y húngaro por la vía de la represión militar, lo que distanció al PCUS de los partidos comunistas occidentales, en particular del italiano. En íntima relación con esta idea, las fisuras en el bloque comandado por la Unión Soviética fueron tangibles durante la guerra fría, sobresaliendo los ejemplos de Tito en Yugoslavia o de Mao en China.

La guerra fría se resolvió de una manera pacífica, un final ciertamente contradictorio si tenemos en cuenta la atmósfera de miedo que prevaleció en las décadas e incluso en los años inmediatamente anteriores a 1991. De hecho, los ochenta se iniciaron con una URSS expansionista (destacando la invasión de Afganistán en nombre del internacionalismo proletario, justificación que no fue aceptada por la comunidad internacional, subraya el autor) y unos Estados Unidos sumidos en un notable declive moral consecuencia de su derrota en Vietnam, de la crisis económica de los setentas y de la humillación que supuso la toma de rehenes en su propia embajada en Irán durante la presidencia de Jimmy Carter.

En aquellos ya remotos años, el comunismo y por tanto la URSS parecían llamados a convertirse en vencedores de la guerra fría. Sin embargo, los acontecimientos que se sucedieron a partir de 1981 invirtieron esa tendencia. Por un lado, la llegada a la presidencia de Estados Unidos de Ronald Reagan. Éste puso en práctica una política exterior más agresiva (p. 134), envuelta en una retórica anticomunista que se tradujo en hechos concretos, como el apoyo a la contra nicaragüense o la invasión de Granada. Bajo el lema “América is back” recuperó el orgullo norteamericano.

Por otro lado, en la URSS también aparecieron rostros nuevos como el de Mi-jail Gorbachov, representante de una generación de políticos que había detectado

aquellos fallos del sistema comunista que impedían el desarrollo económico del país como por ejemplo, un exceso de centralización, la opacidad en la toma de decisiones y el predominio de la industria militar. No obstante, las reformas que impulsó Gorbachov fueron de arriba-abajo, de ahí que el autor introduzca la duda razonable acerca de los verdaderos fines: ¿reformular el sistema o consolidarlo mediante la introducción de ciertos cambios que lo hicieran más eficiente? Tampoco los resultados en el corto plazo fueron los esperados, generando crispación en lo social y la irrupción de un nacionalismo mesiánico en el plano político, perceptible en varias repúblicas soviéticas. La conjunción de ambos factores terminó por derribar el edificio construido por Lenin.

La desmembración del bloque comunista fue tan rápida como carente de oposición por parte de la URSS, postura bien distinta a la seguida décadas atrás en Budapest o Praga. Además, las cuestiones más polémicas derivadas de la implosión soviética, como la reunificación alemana, se solucionaron por la vía del diálogo y de la negociación.

El final de la guerra fría trajo, como no podía ser de otra manera, un mundo diferente, lo cual no debe entenderse necesariamente como sinónimo de un mundo mejor o más pacífico. Tampoco se produjo el final de la historia como pronosticó Fukuyama. Por el contrario, reaparecieron una serie de actores que, cuando menos en el ámbito europeo durante el periodo 1945-1991, habían quedado relegados a la marginalidad. Uno de ellos, quizás el principal debido a su letalidad, fue el nacionalismo (con los Balcanes como paradigma). En palabras del Doctor Lozano: *“la situación de Europa central y oriental tras la caída del muro era muy similar a la del fin de la primera guerra mundial: un complejo mosaico de naciones con enormes problemas étnicos, culturales y políticos en los que la inestabilidad se convirtió en su rasgo principal”* (p. 153). Desde una perspectiva más general, irrumpieron nuevas amenazas a la seguridad global, como el terrorismo yihadista, caracterizadas por su carácter imprevisible, un rasgo desconocido en los años de vigencia de la guerra fría, puntualiza el autor.

En definitiva, una obra excelente, de obligada lectura para todos aquellos que cultiven disciplinas como las relaciones internacionales, la historia o la ciencia política. El profesor Lozano nos explica con meticulosidad una parte fundamental del siglo XX, exponiendo hechos y estableciendo conexiones e interacciones entre el pasado y el presente.

Alfredo Crespo Alcázar  
Universidad Antonio de Nebrija  
alfredocrespoalcazar1974@gmail.com